



FONDO HISTORICO  
RICARDO COVARRUBIAS

IMPRESA DEL GOBIERNO  
REVOLUCION, 86.—M.CMXX.

## PROLOGO

UNO de los rasgos característicos de la cultura moderna es el gusto, o, mejor dicho, la pasión por lo viejo: los edificios, los muebles, las obras de arte, y, en una palabra, todas las manifestaciones estéticas del pasado son ahora objeto de la mayor estimación. Y a fe que nuestros contemporáneos están en lo justo. Las obras antiguas son generalmente muy superiores a las modernas, porque, además de la hermosura de su forma, llevan consigo un no sé qué de sutil, de espiritual,—*el alma de las cosas*, como diría Leveque—, que les infunde una belleza tan delicada y sugestiva, que no es posible hallarla en ninguna otra parte. La iglesia edificada hace ya muchos siglos, la venerada icóna esculpida por afamado imaginero, la mansión señorial, teatro de memorables acontecimientos, cautivan y seducen no tanto por su belleza real y positiva, sino por lo que sugieren al espíritu, por su poderosa evocación de los tiempos pasados.

Pues todas esas reliquias, esos templos coloniales, misteriosos y sombríos, esas moradas solariegas, tan llenas de encantos y poesía, esos muebles, esas obras de arte nimbadas por un fulgor

de leyenda, son la nota esencial, la nota dominante de nuestra modesta capital de provincia, y constituyen el primero y el mayor de sus atractivos. Acaso no haya en todo el país —después de Méjico, naturalmente— otra población que guarde tantas, tan importantes y bien conservadas reliquias de la época virreinal; quizá no se halle otra que atesore más recuerdos históricos, y nos ofrezca una idea más clara y más completa del interesante período colonial.

El artista de corazón y el amigo de lo arcaico hallarán en Querétaro dilatados horizontes en que espaciarse, múltiples objetos que satisfagan plenamente sus aficiones.

En estos edificios vetustos, en estos monumentos que se desmoronan poco a poco, en estas calles tortuosas y sombrías, en toda esta ciudad, —que recuerda las viejas urbes castellananas—, palpita todavía el postrimer aliento de la raza conquistadora, e infunde en el ánimo una dulce impresión de inefable, de misteriosa poesía.

En el silencio de sus construcciones seculares, y en la soledad de sus ruinas históricas, parece que se levanta una voz dolorida que refiere hechos gloriosos, o que llora grandezas pasadas.....

Es necesario, pues, saborear la dulzura de este rincón de la tierra mejicana; hay que alejarse del bullicio para contemplar a solas, lejos del vulgo insipiente y mucho más lejos aún del *vulgo sabio*, nuestras venerables reliquias, que hablan

muy claro, muy hondo y con mucha elocuencia de las edades que fueron. Al encontrarnos en su presencia y al escuchar su voz, un sentimiento sobre manera delicado embargará el espíritu, y el corazón, antes yerto, palpitará otra vez regocijado, al impulso de un nuevo soplo de vida y de amor.

Aquí, en nuestra ciudad, abundan las joyas de la arquitectura colonial, con todas sus cualidades y con todos sus defectos, pero siempre tan originales y tan bellas; aquí se levantan los monasterios semiderruidos, tristes, silenciosos, en donde aun se percibe la fragancia de las flores y del incienso; en donde aun parece que se escuchan las severas notas de un canto religioso, los acentos musicales de la plegaria que, brotando de unos labios femeniles se pierde en el azul infinito; aquí se encuentran los blasonados caserones, fuente inagotable de leyendas; aquí, en una palabra, se ve, se toca, se palpa el mundo virreinal, tal como fué en sus mejores tiempos.

Y todas estas cosas, palacios y monasterios, templos e imágenes, monumentos civiles y religiosos, la ciudad entera, para decirlo de una vez, imploran y han implorado hace ya mucho tiempo un crítico de arte que llame la atención sobre sus bellezas, un poeta que las cante, y un pintor que sepa fijar en la tela el cobalto de su cielo, la policromía de sus flores y los mil encantos de su recinto privilegiado y señorial, antes que la mano destructora del tiempo acabe de arrebatarse sus

## Prólogo

preseas virreinales para convertirlas en polvo.

Pero ese artista, ese crítico y ese poeta no se han presentado todavía, y mucho me temo que no se presenten nunca. Yo quisiera salvar todo esto de la destrucción y del olvido; quisiera darlo a conocer a los que se encuentran ávidos de belleza y de poesía; pero no puedo, no me creo capaz de interpretar lo que todas estas cosas dicen a la imaginación y al sentimiento. Intentarlo solamente sería empresa ridícula. Lo más que puedo hacer, lector benévolo, es presentarte un conjunto de datos, una menguada porción de noticias históricas y tal cual sugestión crítica, para que con ello te sea más fácil reconstruir ese mundo que pasó, y logres saborear la suprema belleza de lo que ya casi no existe. Tal vez entonces fijes tu consideración en lo que te rodea y lo conozcas más a fondo; tal vez entonces descubrirás en estas cosas que ahora te parecen tan insignificantes, un manantial copioso de poesía, de alquitarada, de sólida poesía, de ésa que *por ser tuya, íntima, callada y falta de aliño literario, será la única que pueda satisfacer tus anhelos*, como dice Navarro y Ledesma en la biografía de Cervantes.

EL AUTOR.

## DON IGNACIO CASAS

**A**L hablar de las mejoras materiales llevadas a cabo en la iglesia de La Congregación, dice el Br. D. José María Zeláa en las *Glorias de Querétaro*:

“En el Coro de nuestra Iglesia se admira un famoso y pulido Órgano, que se halla colocado al frente, y no á un lado como todos los demas: la mayor particularidad de él es el estar descubierto por delante, de suerte que por cima de las teclas vé todo el Altar mayor el Oficial que lo toca. A mas del enflautado principal que adorna lo superior del Órgano, tiene otro distinto en un gallardo repison, que cae desde la reja del Coro para el cuerpo de la Iglesia, el qual tiene su teclado aparte cerca del otro. Con ésto es ésta una pieza digna de admiracion, que adorna en gran manera aquél magnífico Templo. Tuvo de costo tres mil quinientos ochenta y dos pesos tres y medio reales, y se estrenó el dia doce de Diciembre del año de mil setecientos cincuenta y tres. Es obra del sublime ingenio de D. Ignacio Casas, natural de esta Ciudad, de quien hace honorífica memoria el Ilmo.